

# VIVIENDO LA EUCARISTÍA CON ESPÍRITU FRANCISCANO

FR. GMO. LANCASTER-JONES CAMPERO, OFM<sup>1</sup>

## 1. LA IGLESIA VIVE DE LA EUCARISTÍA

Esta ha sido la afirmación central de la cual ha querido partir el Simposio Teológico celebrado para conmemorar el Congreso Eucarístico Internacional en Guadalajara. Decir que *la Iglesia vive de la Eucaristía* implica que ella nace, crece y se alimenta de la Eucaristía. Esta verdad expresa no solamente una experiencia de cada día, sino que nos muestra el núcleo del misterio de la Iglesia. Como bien ha proclamado el Concilio Vaticano II, la Eucaristía es “fuente y cima de toda la vida cristiana”<sup>2</sup>.

Pero la vida a la cual apunta la Eucaristía no es esa vida estable, siempre luminosa. Al contrario, la Eucaristía se celebra en esa vida creada por Dios en la diversidad, en un mundo lleno de contrastes. Por lo mismo, la Eucaristía es la fuente y cima de una vida en la que se conjugan la luz y la oscuridad, la razón y el sentimiento, la vida y la muerte. Por tanto, si nuestra vida no sólo es luz, razón y vida, debemos reconocer que no tenemos respuesta a todo. Esopo nos recuerda a Edipo, que por resolver el enigma de la esfinge, entra en un proceso que le conduce al asesinato de su padre, al incesto con la madre y a sacarse los ojos. Y en nuestras Escrituras, ¿no se nos dice que cuando la mujer de Lot vuelve su cabeza hacia Sodoma y Gomorra queda petrificada? ¡Quiso resolverlo todo! Vivir implica convivir con la penumbra, con la duda, con la dificultad, con la ambigüedad, con el misterio.

Hay que advertir que cuando nos referimos al *misterio* eucarístico, no lo entendemos como sinónimo de esotérico, sino como resultado de una limitación existencial del hombre y como don de Dios al mundo. *Donación*

---

<sup>1</sup> Fray Guillermo Lancaster-Jones Campero, Ofm, obtuvo la Maestría en Estudios Franciscanos en la universidad de san Buenaventura, en Nueva York. Es además Licenciado y Doctor en Teología por la Universidad Católica de Lovaina. Actualmente es Prefecto de estudios y profesor de teología dogmática en el Instituto Franciscano de Teología, en Garza García, N. L.

<sup>2</sup> *Lumen Gentium*, 11.

porque la Eucaristía es el don por el cual el Hijo de Dios se entrega a sí mismo; pero también limitación, pues cuando Jesús comenzó a decir que para tener vida eterna había que “comer su cuerpo y beber su sangre”, para muchos fue un escándalo... era demasiado. El *misterio* señala nuestra doble limitación: en el ámbito de la comprensión del don recibido, y con relación al lenguaje. ¿Cómo medir el don de una persona? ¿Cómo expresar con conceptos lo que sucede en el corazón al dar o recibir un don? ¿Cómo expresar o medir el don eucarístico? Afortunadamente, el don de Dios, como Dios mismo, no cabe en un simple concepto.

Francisco de Asís fue plenamente consciente de la ambigua realidad humana, y por lo mismo, su acercamiento a la Eucaristía y su conocimiento de Dios son, sobre todo, intuitivos: “Son misterios de Dios que Francisco va descubriendo; y, sin saber cómo, es encaminado a la ciencia perfecta... Penetraba hasta lo escondido de los misterios, y su afecto de amante entraba donde la ciencia de los maestros no llegaba a entrar”<sup>3</sup>. Este conocimiento no tiene su fuente ni en la especulación ni en la fenomenología. Para Francisco, la fuente de acceso al misterio es el corazón. La vida, llena de sonrisas y lágrimas, se constituye en fuente inagotable de inteligencia. No en vano, algunos autores contemporáneos hablan de una *inteligencia emocional*<sup>4</sup>. Este va a ser el principio fundamental de la escuela franciscana. En el espíritu franciscano, no se trata de conocer por conocer, sino de *conocer para amar*. Se trata de una hermenéutica que hunde sus raíces en la vida, en la razón y en la intuición, para desembocar en el corazón. Esto, lógicamente, implica que la Eucaristía sea comprendida desde las categorías del don y de la vida, que tienen su fuente en el corazón de Dios.

## 2. LA EUCARISTÍA COMO DON DEL AMOR DE DIOS

Al afirmar que la Eucaristía es un don de vida que tiene su fuente en el corazón de Dios, queremos decir que el don de Dios, antes de ser explicado, pide ser recibido. Acoger un don implica establecer una relación, con aquel que nos ofrece el don, sean nuestros padres que nos ofrecen el don de la vida, sean los amigos que nos comparten su amistad, y por qué no, con Dios que comparte su vida divina con nosotros.

---

<sup>3</sup> 2Cel 7.102. Todas las referencias a los escritos y biografías están tomados de la edición de J. A. GUERRA, *Escritos, Biografías y Documentos de la época* Madrid, 1978.

<sup>4</sup> Cf. D. GOLEMAN, *La inteligencia emocional*, México, 2002.

Aceptar un don, sea del hombre o de Dios, implica necesariamente una cierta confianza en la *buena fe* del donador, en la bondad y rectitud del don. Podríamos decir que esta es la diferencia entre *don* y *soborno*. El don es gratuito, mientras que el soborno implica una corrupción de la verdad, es la no-gratuidad. Desde esta perspectiva, también el don eucarístico necesita de la fe, de la confianza en la buena fe de Dios que comparte y del hombre que recibe. Por tanto, la fe eucarística será esa anterioridad que nos permite reconocer y acoger el don de Dios en las especies del pan y del vino.

*La Eucaristía es la actualización del don de Jesucristo*

Juan Pablo II, en la encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, afirma que la Eucaristía no es *un* don entre muchos dones, aunque sea muy valioso, se trata *del* don por excelencia, porque es el don del Padre y del Hijo en una historia de salvación<sup>5</sup>. Don del Padre que tanto amó al mundo, que envió a su Hijo para que todo el que crea en él tenga vida eterna; don del Hijo que tanto amó al mundo que dio la vida para que todos tuviéramos esa vida en abundancia. Vida eterna, vida en abundancia... ese es el don de Dios.

En la Eucaristía es donde se recibe y actualiza el don de Jesucristo: “el Señor Jesús, la noche en que fue entregado instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre”<sup>6</sup>. Es decir, en el don eucarístico está inscrito ese amor capaz de dar la vida por los que se ama. A través del memorial de la pasión y muerte del Señor no sólo lo evocamos... ¡lo hacemos sacramentalmente presente! Por tanto, la Eucaristía no puede ser comprendida de otra forma que como el encuentro con ese amor generoso de Jesucristo. En otras palabras, la Eucaristía nos habla no sólo de un amor que dio vida en abundancia a los primeros discípulos. Se trata de un don que superando las barreras del tiempo y del espacio, da la vida sobreabundante del amor divino a toda persona, de todo lugar y de todo tiempo.

Francisco intenta compartir este descubrimiento con los fieles de su tiempo. El poverello quiere que la gente *conozca* no sólo al Dios *todopoderoso* que habita en la nube y en la montaña, quiere sobre todo, que se *encuentre* con ese Dios *todocariñoso* que, siendo de condición divina se hizo frágil y pequeño. De ahí que, inspirado en la carta a los filipenses, Francisco proclame ese *Dios Frágil, Pequeño... Menor*. Esta imagen de

---

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, México, 2003, n° 11.

<sup>6</sup> 1Co 11,23.

Dios le permite ver en la Eucaristía a aquel que “en humilde apariencia desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote”<sup>7</sup>. Para Francisco, Cristo es aquel que se convierte en don de vida, “ofreciéndose a sí mismo como sacrificio y hostia, por medio de su propia sangre, en el altar de la cruz”<sup>8</sup>. De nuevo, no se trata de una historia a recordar, sino de un memorial a actualizar; la misma carta, inspirada en las palabras de san Pedro, concluye diciendo: “Cristo ha sufrido, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas”<sup>9</sup>.

Sabiéndose beneficiario de ese gran amor expresado en la presencia eucarística, Francisco no puede sino exclamar: “¡Oh celsitud admirable y condescendencia asombrosa! ¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad, que el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, se humilla hasta el punto de esconderse, para nuestra salvación, bajo una pequeña forma de pan! Mirad, hermanos, la humildad de Dios y derramad ante Él vuestros corazones; humillaos también vosotros, para ser enaltecidos por Él. En conclusión: nada de vosotros retengáis para vosotros mismos para que enteros os reciba el que todo entero se os entrega”<sup>10</sup>.

### *La Eucaristía como banquete*

Por otra parte, la Eucaristía como don, es comunión y participación, es el banquete de la Mesa del Señor. La Escritura nos narra diversos momentos en que Jesucristo compartió los alimentos, no sólo con sus discípulos y amigos, sino también con publicanos y pecadores. Precisamente porque el don nace de la *buena fe* y de la *confianza recíproca*, Jesús no excluye a nadie del banquete del Reino. De hecho, Jesús inicia y culmina su ministerio en un banquete, en Caná primero, y luego, en Jerusalén<sup>11</sup>. Lo importante de compartir los alimentos en un banquete no está en el comer, sino en el encuentro fraterno, el calor familiar, el diálogo, la emoción de los grandes acontecimientos, el servicio, el rito y el acontecimiento, la memoria y la anticipación de un determinado momento de la vida.

---

<sup>7</sup> 1Adm 18.

<sup>8</sup> 2EpFid 11.

<sup>9</sup> 2EpFid 13-14.

<sup>10</sup> EpOrd 27-29.

<sup>11</sup> Cf. Jn 2, 1-11; Mt 9, 9-13; Lc 7, 36-50.

Francisco es especialmente sensible a esta dimensión de comunión en torno a la mesa. Cuenta la historia que en uno de esos largos ayunos que los hermanos realizaban como preparación a los tiempos fuertes del año litúrgico, uno de los hermanos comenzó a gritar de hambre<sup>12</sup>. Quizás para muchos de nosotros, la primera reacción habría sido callar al hermano, para que no se vea su debilidad, y por qué no decirlo, para que sus reclamos no nos molesten. Francisco, por su parte, ve aquí la ocasión privilegiada para promover la comunión y el encuentro entre los hermanos, y por eso mismo, prepara un banquete. La intención es doble: primero, calmar el hambre, no digo del hermano, sino de los hermanos. Esto nos dice algo vital de la espiritualidad franciscana: la persona del hermano es más importante que cualquier ayuno o que cualquier estructura. Y segundo, también era importante esa otra comunión que se da al compartir los alimentos, esa comunión que convoca a la caridad y a la fraternidad. Ese banquete fue para el hermano como un arroyo de savia que le permitió experimentar la misericordia, la vida y el amor fraterno.

### *La Eucaristía como encuentro cósmico*

Quizás uno de los elementos más conocidos y más atrayentes del espíritu franciscano es la comunión fraterna, que ampliando sus horizontes se lanza en un abrazo cósmico. El Cántico de las creaturas, compuesto por Francisco casi al final de su vida marca la pauta de un espíritu abierto hacia el Otro (con mayúscula y minúscula).

La física cuántica nos ha mostrado la profunda unidad que reina en el universo en el ámbito físico, Francisco de Asís lo mostró a nivel existencial al llamar hermano al sol, a la luna, las estrellas, al lobo y a los mares, y al sereno y todo tiempo. Por fin la creación podrá descansar en paz y cesarán sus dolores de parto, el ser humano, en Francisco de Asís se ha reconciliado con su Dios y su Todo, con la creación, consigo mismo. La perspectiva de la vida ha cambiado, la vida y la muerte se han besado, el lobo y el poverello conviven en una fraternidad sin límites.

En el espíritu franciscano, el ser humano deja de tener el monopolio de la alabanza, “loado seas mi Señor por el hermano sol...” es la creación entera que alza sus ramas como queriendo alcanzar el cielo. Teilhard de Chardin, en una de sus oraciones dice: “al fijar mi mirada en la hostia, tuve

---

<sup>12</sup> Cf. 2Cel 22.

la impresión de que la superficie de la misma iba expandiéndose, como una mancha de aceite... Su blancura me envolvía, me superaba, invadía todas las cosas. Y cada cosa, aureoleada por ella, conservaba su figura propia, su movimiento autónomo, dado que la blancura no borraba ninguno de sus rasgos, no alteraba ninguna de las naturalezas, sino que penetraba los objetos hasta la más profunda intimidad... Por medio de esta misteriosa expansión de la Hostia, el mundo se volvía incandescente, semejante en su totalidad a una sola inmensa forma consagrada... Después de haberlo vivificado todo, después de haberlo purificado todo, la Hostia inmensa, ahora, se contraía lentamente, y los tesoros que reunía en sí se aprensaban deliciosamente en su luz vivificante”<sup>13</sup>.

### *Don y reciprocidad*

Finalmente, si como hemos dicho, el don recibido es una expresión del amor de Dios, la recepción de ese don implica la reciprocidad. El amor que sostiene e impulsa un don pide ser correspondido por el amor de acogida de quien lo recibe. Es decir, al interior del don hay una dinámica de mutua apertura, de dar y de recibir, de amar y de ser amado. Esta dinámica involucra necesariamente la libertad, se trata de una opción que se puede aceptar o rechazar.

Clara, para asombro suyo (sucede con todo cristiano), se ve involucrada en este intercambio. La novena testigo de su *Proceso de canonización* dice que “creyendo las hermanas que la bienaventurada madre estaba a punto de morir y que el sacerdote le debía administrar la sagrada comunión del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, la testigo vio sobre la cabeza de la dicha madre santa Clara un resplandor muy grande; y le pareció que el Cuerpo del Señor era un niño pequeño y muy hermoso”<sup>14</sup>. Cómo no recordar aquí las palabras de Jesús a la Samaritana: “si conocieras el don de Dios...” Clara sabe que ha recibido ese don que esta sobre cualquier otro don, y lo ha recibido, precisamente, en la Eucaristía. El relato de la visión de la novena testigo concluye diciendo: “Y luego que la santa madre lo hubo recibido con mucha devoción, como acostumbraba siempre, dijo estas

---

<sup>13</sup> P. TEILHARD DE CHARDIN, “Le Christ dans la matière, trois contes comme Benson II (L’ostensoir)”, en *Hymne de l’Univers*, Paris, 1961, p. 49.

<sup>14</sup> *Proceso de canonización*, IX, 10, en I. OMAECHEVARRÍA, *Escritos de santa Clara*, Madrid, 1982.

palabras: ‘Tan gran beneficio me ha hecho Dios hoy, que el cielo y la tierra no se le pueden comparar’”<sup>15</sup>.

### 3. LA EUCARISTÍA COMO MEDIACIÓN DE LA DIFERENCIA Y DE LA LIBERTAD

La vida misma nos indica que los seres humanos necesitamos de *mediaciones* para comprendernos a nosotros mismos y para comprender la realidad en que vivimos. Un ejemplo sencillo son las categorías temporales y espaciales por medio de las cuales podemos situarnos aquí y ahora. Por su parte, la fe también necesita de la mediación de la Palabra y del Sacramento para hacer contemporáneo y eficaz el misterio de la salvación.

El espíritu franciscano, por ser un espíritu fraterno y menor, necesita de la presencia del otro. Es a través del sacramento del hermano que nos reconocemos y que Dios se hace presente. Para Francisco va a ser especialmente significativa la persona del hermano que ejerce el ministerio sacerdotal: “Pues cuanto más grande es el ministerio que tienen del santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, que ellos reciben y que ellos solos administran a otros, tanto más pecado tienen los que pecan contra ellos que los que lo hacen contra todos los otros hombres de este mundo”<sup>16</sup>. Es precisamente a través de las manos y palabras del hermano sacerdote que el acontecimiento de la Pascua se actualiza en el aquí y el hoy de nuestra historia.

La *mediación* es importante, su misión es llevarnos a encontrar la *diferencia*, que en su sentido etimológico (*di-ferre*), significa llevar a otro lugar la misma cosa. Esto quiere decir que la Eucaristía debe conducirnos hacia ese evento que le da contenido y significación: el misterio Pascual de Jesucristo. La mediación debe hacer honor a su nombre: ser sólo *mediación*, conservando y comunicando no su propia naturaleza, sino la esencia del evento original. Desde esta perspectiva, la Eucaristía *media* entre la Pascua de Jesús y nuestra propia pascua, *media* entre el pan y el vino y el Cuerpo y la Sangre de Cristo derramadas en la cruz. Por eso, como *memorial*, no sólo debe conducir, sino que además debe guardar toda la fuerza del evento primero y actualizarlo en el evento cotidiano.

---

<sup>15</sup> *Proceso IX*,10.

<sup>16</sup> Cf. Adm 26,3-4.

Así, la Eucaristía se convierte en el gesto que garantiza la continuidad del don dado y recibido a través del tiempo y el espacio. En ese sentido, la celebración eucarística nos humaniza, nos permite hablar de un intercambio, o mejor, de una intersignificación entre Dios y los hombres, de tal modo que si bien es cierto que no podemos hablar de la Eucaristía sin hacerlo con relación a la obra de Dios, también es cierto que no podemos hacerlo sin referirnos al hombre. La Eucaristía es esa mediación que se da únicamente en la historia del hombre.

Esta perspectiva nos revela el contenido más profundo del *misterio* eucarístico. Nos encontramos ante el misterio de la reciprocidad en el amor y en la libertad: el amor de Dios que se entrega, y nuestra libertad que le acoge. Pero, por que no pensar que ese proceso recorre también el sentido inverso: el hombre se entrega como respuesta al amor que le amó primero, y luego, la libertad de Dios que acoge nuestra entrega. Así la libertad y el amor establecen un flujo de ida y vuelta, de don y acogida.

La forma concreta como se realiza esta correspondencia es a través del rito. Un buen ejemplo de este *admirable intercambio* es la oración llamada *oferimus*, en la cual presentamos el Pan de vida y el Cáliz de salvación como ofrenda agradable al Padre; pero inmediatamente después, correspondiendo a la entrega generosa de Cristo, nos ofrecemos también a nosotros mismos como ofrenda. Dios y el hombre se convierten en don y acogida mutua. Este movimiento de apertura y acogida es, finalmente, lo que llamamos *amor*.

#### 4. LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA EN LA IGLESIA

Finalmente, a través de una lectura de las fuentes primitivas, y sobre todo de sus escritos, vemos que Francisco no sólo es un hombre que retribuye a Dios todo bien, sino que lo hace *en* y *con* la Iglesia. Uno de los documentos más importantes que nos legó, por su valor legislativo y espiritual, son las dos reglas. En ellas se afirma que la vida del Hermano Menor, y lo podemos ampliar a cualquier persona que comparta el espíritu franciscano, no es comprensible fuera de la Iglesia. La *familia franciscana* siempre estará ligada a la Iglesia por medio de una promesa: “El hermano Francisco y todo aquel que sea cabeza de esta religión, prometa obediencia y reverencia al señor Papa Inocencio y a sus sucesores”<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> RegNB, prólogo 3.

La Iglesia es esa *mediación* que permite que haya una *Traditio*, es decir, algo que se recibe y que se entrega, como dice san Pablo en la primera carta a los Corintios: “les doy lo que he recibido”. La Iglesia es *el lugar* donde se proclama la Palabra, es donde se realiza el gesto sacramental... es donde se nos entrega la salvación. Ahora se comprende que Francisco afirme con tanta firmeza la necesidad de la Eucaristía: “Y siempre que prediquéis, exhortad al pueblo a la penitencia, y decid que nadie puede salvarse sino el que recibe el cuerpo y sangre del Señor”<sup>18</sup>. También en la segunda carta que escribe a todos los fieles de su tiempo, aparece una exhortación igualmente apremiante: “Y a nadie de nosotros quepa la menor duda de que ninguno puede ser salvado sino por las santas palabras y la sangre de nuestro Señor Jesucristo”<sup>19</sup>.

La liturgia de la Iglesia será la expresión concreta de esa salvación. En efecto, el rito, al mismo tiempo expresión simbólica y oral, permite que la verdad (del don recibido) y la libertad (de acogida) se encuentren. En la primera *admonición*, Francisco hace referencia a la necesaria unidad entre la palabra y el gesto: “el sacramento que se consagra por las palabras del Señor sobre el altar por manos del sacerdote en forma de pan y vino... es verdaderamente el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo”<sup>20</sup>. Tan son necesarias las palabras de consagración como el gesto sobre el pan y el vino. Palabra y gesto se acompañan y se complementan para hacer surgir el significado profundo del rito. No deja de sorprender la fuerza con que Francisco destaca el valor de esta unión: “Sabemos que no puede existir el cuerpo, si previamente no ha sido consagrado por la palabra”<sup>21</sup>. La palabra y el gesto se convierten así en la mediación por excelencia de la comunicación y del encuentro entre Dios y los hombres.

En este contexto, Francisco realiza un gesto que, acompañado por la palabra, invita a todos los miembros de la Orden a la adoración eucarística: “Así, pues, besándoos los pies con la caridad que puedo (gesto), os suplico a todos vosotros, hermanos (palabra), que tributéis toda reverencia y todo honor, en fin, cuanto os sea posible, al santísimo cuerpo y sangre de nuestro

---

<sup>18</sup> 1EpCust 6.

<sup>19</sup> 2EpFid 34.

<sup>20</sup> Adm 1,9; 1EpCust 7; EpCler; 2EpFid 33.

<sup>21</sup> EpCler 2.

Señor Jesucristo, en quien todas las cosas que hay en cielos y tierra han sido pacificadas y reconciliadas con el Dios omnipotente”<sup>22</sup>.

La única medida capaz de corresponder al don eucarístico es la *gratuidad*, es el gesto que todo miembro de la familia franciscana debe realizar, como expresión de la conciencia y del agradecimiento por una tierra y de unos cielos reconciliados y pacificados; pero al mismo tiempo es reconocimiento del lugar que le corresponde a Dios en nuestra vida personal y en nuestra historia humana: Él es el “Altísimo, Omnipotente y Buen Señor”<sup>23</sup>, y por eso mismo, se le ha de tributar toda reverencia y todo honor.

## 5. CONCLUSIÓN

Concluamos nuestra reflexión afirmando que si bien la Eucaristía es universal, es el don del amor de Dios para todos, también hay que decir que hay una cierta diversidad en el modo de acoger ese don. Hemos encontrado que vivir la eucaristía con espíritu franciscano implica el ejercicio de una libertad que primero acoge el don, para luego retribuir todo al Señor. Este doble movimiento, de acogida y de salida de sí, nos permite trascender en el tiempo y el espacio, para celebrar el memorial que prolonga es *intercambio admirable* entre Dios y los hombres.

Hacer presente el misterio de la Pascua aquí y ahora tiene la enorme capacidad de desfatalizar la historia. La Eucaristía nos dice que ni el mal, ni el sufrimiento, ni siquiera la muerte tienen la última palabra. La última palabra la tiene el amor, por eso, la cruz, por ser manifestación del amor que da la vida por los que ama, ya no puede ser comprendida como si fuera un instrumento de represión, castigo o muerte.

Por lo mismo, si nuestra participación en la Eucaristía es sólo una *obligación* que ni nos involucra ni nos transforma, entonces podemos afirmar que, definitivamente, ni la vivimos ni la comprendemos con un espíritu franciscano. El don es libertad y gratuidad, nunca obligación. Escuchemos la voz del salmista que nos dice: “Hagan la prueba y verán que bueno es el Señor”.

---

<sup>22</sup> EpOrd 12-13.

<sup>23</sup> Cant 1.